

*El paisaje toponímico asturiano:
unidad dentro de la diversidad*

(3)

Extracto del texto publicado en
*El paisaje toponímico asturiano:
unidad dentro de la diversidad.*
*Discurso leído por el autor
en el acto de su solemne recepción académica
el día 18 de mayo de 2011.*
Contestación por el Ilmo. Sr. D. Joaquín Fernández García.
Edita Real Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo..

1

(3ª parte, continuación)

Entre la diacronía y la sincronía de un paraje...

Muchas etapas se fueron sucediendo desde aquel remoto paisaje preindoeuropeo de 10.000, 20.000 años atrás, hasta un paisaje actual salpicado de edificios, calles, autopistas, aparcamientos, plásticos, cementos... Se podría decir que hay todo un paisaje diacrónico en el paisaje sincrónico: una ciudad cualquiera de hoy, un pueblo rural, con su aparcamiento, plaza, campo de fútbol..., se levantó sobre un paisaje milenario, que sólo describen ya los topónimos y algunos vestigios estratificados en el suelo. Con demasiada frecuencia, nombres de personajes o políticos de turno destruyen aquellas funciones que tuvo antes cada barrio, cada altozano, cada arroyo de paso por el pueblo. 'Leer' el paisaje es 'leer' la historia de un poblamiento con todas sus nuevas tecnologías del momento: *El Batán, La Ferrería, La Faragua, La Pisona, La Calle Peatonal, El Paseo'l Colesterol...*

De paso por cualquier región peninsular, muchas ciudades mayores de hoy *asoleyan* (valoran, conservan) en cualquier lengua nombres de calles y plazas, tan sagrados como *La Ería* (Oviedo), *Las Eras* (Huesca), *La Panera* (Lleida), *La Plaza del Trigo* (Teruel), *La Plaza la Cebada* (Madrid), *La Trilla* (Valladolid), *Trigales* (Palencia)... A todos nos puede llegar aromas, sonidos, ruidos, sensaciones táctiles, percepciones muy añejas..., cuando pasamos por lugares como *La Escandalera, La Venta, la Calle los Felechos, La Bolera, El Puente les Comadres, La Malata, Lavapiés, La Platería, Pontón de Vaqueros, La Fuente los Pastores, Fuente la Plata, L'Algodonera* (Xixón), *Montecerrau, El Molinón...*

La transformación de un paisaje, más o menos programada (contaminante o inocente), ocurre también cuando antes de unas obras pocos se paran a 'leer' el suelo con los ojos de los lugareños: si se llama *El Castiellu de Cellagú*, por poco que se intuyan a simple vista grandes edificaciones ni fosos mayores, ni almenas a la vista..., será por algo; luego, una vez en proceso de destrucción programada, el recinto castreño aflora entre las malezas por todo el monte. Si el paraje se llama *Hospitalón, La Berguería, L'Horro los Probes, Santolaya, Ventaveranes, La Casa Tibigracias...*, tampoco será para entrar con un *bulldozer* y arrasar los cimientos unos cuantos metros en profundidad, para que más coches puedan tener plaza en el garaje... Las palabras siempre estuvieron para algo.

11. Pues en el principio fue el Verbo: creación y recreación, toponímica también

Las cosas, las funciones, existen, se diferencian de otras, cuando alguien les pone un nombre: sin nombres distintos permanecen indiferenciadas en el conjunto, no tienen identidad propia. Incluso un mismo nombre puede producir realidades distintas de forma directa o asociada: los hablantes van haciendo la lengua siempre a su medida. Con las palabras del suelo ocurre lo mismo. La raíz remota de un topónimo puede ser única (siempre fue una sola, ciertamente) pero, como unidad de comunicación que es, los usuarios le pudieron colgar otros sentidos con el tiempo. Con palabras de Eligio Rivas Quintas (*Toponimia...*, p. 6):

“Fonética y semántica irán haciendo luz en el empeño de conectar la voz petrificada con el presente. Es ciencia en que se hace

El paisaje toponímico asturiano: unidad dentro de la diversidad

Julio Concepción Suárez. <http://www.xulioes.com>

recomendable no despegar mucho del suelo para evitar espejismos... Tanto los aciertos como las hipótesis, se irán confirmando o retificando. En ningún caso, si el trabajo es concienzudo, se habrá perdido el esfuerzo”

Desde el punto de vista comunicativo, nunca se sabrá del todo qué es más importante para los propios usuarios: si la etimología lingüística, la voz remota con su fonética y su significación primera; o las significaciones vivas, creadas artificialmente más tarde para la misma base fonética, pero que sirvieron a sus creadores para explicar a su modo el paisaje, y transmitirlo así a sus nietos. La constante reinterpretación toponímica se puede resumir en palabras de Joaquín Caridad en su libro *Toponimia y mito* (p. 17):

“El increíble mimetismo lingüístico a que han estado sometidos los topónimos a lo largo de los siglos responde... a la necesidad humana de adaptación fonética, y si es posible también etimológica, de las palabras de su entorno; de los nombres que a diario emplea pero a menudo no puede comprender, forzándolas más o menos, según sea necesario, para que digan algo inteligible *en la lengua del momento*. Este proceso puede tener lugar más de una vez, por ejemplo, adaptación celta de un nombre precelta, y posterior romanización del mismo”.

Esta necesidad humana de interpretar en la *lengua del momento* (que dice Joaquín Caridad) debió ser casi norma en muchas etapas culturales, especialmente para alimentar la fe y las creencias de moda en cada tiempo. El mismo autor afirma un poco más abajo:

“El estudio toponímico constituye, pues, un auténtico proceso de *arqueología toponímica*, cuyos materiales objeto de trabajo son los miles o millones de documentos, uno por cada nombre de lugar, transmitidos primero por vía oral y después escritos. Es un acervo cultural único..., un corpus vivo, porque es lenguaje humano, que da nombres a las fuerzas de la Naturaleza, luego materializadas como divinidades, en un intento de acercarse a ellas por medio de unas fórmulas y un lenguaje especial para atraérselas a su favor...” (p. 18).

Compostela (*en Galicia*), Compostela (*en Portugal*), y Compostilla (*en León*): *el sufijo diminutivo podría resultar pieza clave para las dudas*

Tal vez por estas razones precedentes, como se apuntó más arriba, nuestras montañas están salpicadas de dioses y diosas, santos y santas, desde los indoeuropeos a estos mismos días: *Táranos, Iúpiter, Aramon...*, y otros muchos lugares de culto pagano en sus comienzos, con santificaciones posteriores después. Pensemos, sin ir muy lejos, en nombres como *Compostela*, que no sólo hay en Santiago: hay *Compostela*, en Carballo (Coruña); *Compostela* en Ourense (en Lobio); *Compostela*, en Fafe (Portugal). Y resulta doblemente de interés el *Compostilla* leonés de Ponferrada: el nombre documenta con nitidez que se trata de un simple diminutivo (-*ella*) aplicado a una aldea, sin más elucubraciones (bien situada, bien organizada...). Bien compuesta para aquellos tiempos rurales.

Por estas razones, Cabeza Quiles, en su minucioso estudio sobre la *Toponimia de Galicia* (p. 119), y en *Os nomes de lugar* (p. 154 ss.) se inclina con claridad por una primera raíz a partir del verbo *COMPONERE*, en su diminutivo *COMPOSITA*, más sufijo diminutivo -*ella*, **compositella*, con el sentido original preciso:

“pequeño núcleo de poboación ou aldea ben construída ou composta..., talvez construída antes da lenda xacobeá e do que logo foi a cidade de Santiago, hoxe Santiago de Compostela”.

Otros autores hablan, incluso, de voces célticas del tipo *Cómboros* (escombros) y *Steel* (mineral), lugar de minerales, reinterpretadas después.

El resultado posterior fue la traducción medieval en CAMPUS STELLA de la interpretación cristiana, etimología hoy más común, pero menos sostenible desde el punto de vista fónico: habría que demostrar el paso de *campus* a *compos*. A pesar de ello, se fue asentando toda la indiscutible cultura jacobea, que sigue moviendo medio mundo y más, en plena era digital. Otra vez, en el sentido comunicativo de algunos topónimos, lo más importante puede que no sea la etimología en el aspecto fónico (denotación), sino las significaciones contextuales (connotativas, etnográficas, etnolingüísticas) sucesivas, que los nativos le fueron asociando con intereses diversos a lo largo del tiempo. La toponimia la hace o la acepta el pueblo a su medida.

Está por justificar también la evolución fonética de Covadonga, al lado de Covadefonga, Covadesonga..., en otros documentos

Tal vez algo parecido al proceso ocurrido en el topónimo *Compostela*, haya resultado en *Covadonga*: con la mejor intención cultual y cultural, van muchos siglos de interpretación a partir de CÖVA DÖMĪNĪCA (la cueva de la Señora), así recogido en documentos muy fidedignos, según Perfecto Rodríguez y otros estudiosos de la documentación latina medieval. Es la teoría más aceptada y a nadie se le ocurriría poner en duda el valor etnográfico, religioso, de un sintagma que tantas peregrinaciones, creencias, ilusiones, creó y sigue creando con La Virgen del Santuario aquí y mucho más allá de Peña Santa, y de estas montañas sacralizadas desde varios milenios atrás.

Pero la evolución fonética desde DÖMĪNĪCA a *-donga* está sin justificar todavía, puesto que el acento de la tónica va en la segunda sílaba (MĪ), y el resultado normal tendría que haber sido **dominga*, **covadominga*; como (DIEM) DÖMĪNĪCUM terminó en el *domingo* de la semana, o en el antropónimo correspondiente. Y si, por el contrario, se supone un cambio acentual hacia la primera sílaba (DÖ), las cosas se complican más, puesto que el resultado tendría que haber sido **duenga*, **covaduenga*, como ocurre en *dueña* (lat. DÖMINA), por diptongar en posición tónica y vocal breve. Está por justificar todavía la evolución fonética de CÖVA DÖMĪNĪCA en *Covadonga*.

Es evidente que la interpretación cristiana se dio en esa época altomedieval, y siguió arraigada hasta hoy: se construyó el topónimo mariano. Pero tal vez sobre otras palabras anteriores con sentido diverso, cultual incluso. Hay datos lingüísticos que argumentan un culto en la cueva, anterior al culto mariano de esas fechas. Por ejemplo, la extendida raíz indoeuropea **onn-ik-*, con el sentido primero de ‘montaña’, y luego ‘agua, río’, divinizado finalmente en el culto a la diosa Isis-Atenea, el culto a la fertilidad (García Pérez, *Covadonga...*, pp. 24 ss.). O una raíz similar, que no suponga diptongación de breve y tónica latina. Guillermo Mañana cita documentos del tipo *Covadesonga*, *Covadefonga...*, que aparecen ya desde el s. VIII, con el sentido de ‘cueva larga’ (*En torno a la Peña Santa*, 1994). No serviría el adjetivo LÖNGA, con los mismos problemas fónicos que DÖMINA.

En fin, otra vez más, en una sincronía puede haber muchas diacronías: en una palabra, muchas asociaciones escalonadas; en un paisaje verbal, muchos paisajes sucesivos tallados con palabras y sentidos distintos en cada tiempo. El etnopaisaje, que resume bien el conjunto de situaciones creadas por cada poblamiento en su día. Dice Joaquín Caridad, en la obra citada (*Toponimia...*, p. 25):

“El fenómeno de la atracción paronímica es... el responsable de un gran número de topónimos de ‘inocente’ aspecto latino o romance, que en realidad ocultan nombres prerromanos. A la acción popular de *racionalización* de las palabras no comprensibles, se sumó la acción culta o semiculta de los frailes y escribanos medievales, depositarios del saber latino en mayor o menor grado. Todos ellos eran verdaderos maestros de la fantasía interpretativa. Así latinizaron los buenos nombres celtas y celtibéricos”.

Se podría concluir que el paisaje verbal (oral, sobre todo), que ofrece nuestro suelo asturiano, se fue tejiendo en el tiempo con las mismas raíces de las palabras usuales, en ocasiones con las mismas palabras completas de las caleyas. Dos grandes campos ofrece este lenguaje del suelo:

a) *el paisaje natural*: naturaleza del terreno, formas del relieve, fauna y flora, productos...

b) *el paisaje social*: divinidades, personajes, imaginación popular, leyendas, mitos, cultos, oficios.

Y en esa perspectiva de comunicación a través de los nombres de un espacio geográfico, el lenguaje se vuelve casi universal, por lo menos con las ramas prerromanas que llegaron a nuestras lenguas occidentales (regionales y europeas): en Asturias mismo tenemos nombres tan sugestivos en este aspecto como Lamadriz (apellido de Cabrales y Cantabria), El Preu la Barcelona, El Preu Aragón, La Reguera Vigo, La Veiga'l Brasil (en Lena), La Vega la Valencia (Aller), San Sebastián de Morcín, El Puertu Cuba (Picos d'Europa), Burdeos (acantilado de Tapia), El Regueru l'Escorial, La Playa España (Villaviciosa)... Un lenguaje, en parte, poco estudiado todavía sobre el terreno en esta perspectiva estructural: el etnopaisaje.

"La etimología sería un arte de grande y muy extendida utilidad. Muévome, principalmente, a creerlo: 1º, porque es muy probable la opinión de que los primitivos pobladores de la tierra tuvieron una sola lengua, o por lo menos dialectos derivados de una sola... 2º, que la analogía de muchas antiguas lenguas entre sí..., parece indicar la comunidad de origen... 3º, porque si esto es así, el conocimiento de las lenguas existentes, ora vivas o muertas, bastaría para dar una increíble extensión al arte etimológico; 4º, y en fin, porque aunque es casi imposible que un hombre reúna el conocimiento de tantas lenguas, no lo es que una colección de hombres dedicados a este estudio... lo reuniese..." (Gaspar Melchor de Jovellanos).

Ejemplos seleccionados. Un mosaico de paisajes asturianos comunes, con raíces verbales enlazadas

En este preciso, sabio y precioso paisaje toponímico asturiano, construido por nuestros antepasados desde los preindoeuropeos a nuestros días, podemos observar muchas coincidencias más allá de evidentes discrepancias, en una geografía con tantos valles y picachos por el medio: las formas de usar el medio geográfico, las técnicas para adaptar y adaptarse a un espacio habitado, las estrategias para sobrevivir en el campo abierto..., nos fueron dejando con los siglos unas cuantas raíces para expresarlo; la mayoría son las mismas de oriente a occidente, con las variantes fónicas propias de cualquier zona regional (o marginal) respecto a otra más central o tomada como normativa.

Sólo a modo de ejemplo citaremos algunas: hasta se repiten topónimos exactos, sin más diferencias que el morfema femenino frente al masculino; o el singular frente al plural, y poco más: El Franco / La Franca; Carreño / Carreña; Puertas de Vidiago, Puertas de Carreña / Portietsa (Cangas del Narcea); ríu Deva / parroquia Deva; Corvero / Corvera; Cenero / Cenera; El Cubu (Ponga) / La Cuba (Riosa), El Puertu Cuba (Picos de Europa); Cabrales / Los Cabrales (en La Pena Sobia, Teverga); Nava / Naves; Cueiro / Cuera; Llanes / Las Tsanas / Tsanuces / La Yana; tantas Pola... O Cudillero (Cuideiru) / El Ríu Cudillero (en Ponga, arroyo sobre el pequeño valle que asciende a Les Bedules y Monte Peloñu). Cantabria (región cántabra vecina) / La Cuesta Cantabria (altos alleranos de Orria y Brañafoz). Y tantas Pola, en tantos aspectos parecidas. Un par de ejemplos para empezar.

a) *La Franca* (Llanes) / *El Franco* (junto a Tapia)

Otra raíz prerromana, germánica en este caso (FRANK, ‘noble, exento de tributos’), se asentó de una u otra forma en el asturiano oriental y occidental. Lo dice el uso común y el toponímico. De un lado, cita Fernández Cañedo la voz cabraliega *franquiar*, con el sentido de ‘aflojar lo tensado’; entre los mayores lenenses fluye espontánea la voz en expresiones del tipo, ‘pa sete *frencu*, voy sete *frencu*...’; y es general al asturiano *franquiar*, como ‘ensanchar, hacer mayor un agujero’. La Cueva la *Franca*, en Ribadedeva; El Picu la *Franca*, en Somiedo, entre Sousas y Sulapena. La Veiga'l *Frencu*: en El Puerto Güeria, entre los pastos limítrofes y, por ello, discutidos entre quirosanos y lenenses. *Francos*, en Tineo y en Pezós. O Arroyo *Franco*, en Santiso de Abres. Una misma raíz verbal en el origen de lugares tan distantes entre sí.

Con Perfecto Rodríguez podemos reunir el origen de este campo “En su acepción etimológica significa ‘hombre libre’, frente a siervo. De aquí procedería su posterior significado de ‘individuos o lugares que gozaban de ciertos privilegios o se emancipaban de algún poder o control administrativo consiguiendo la franquicia o libertad’ (“Origen de los nombres...”, p. 89).

b) *Carreña* (Cabrales) / *Carreño* (junto a Avilés)

Uno en el oriente asturiano, el otro en el occidente, sea de forma léxica directa, o sea a indirectamente través de un antropónimo, la relación es, por lo menos, sugestiva, cuando cruzamos por sendos parajes. En el origen, común y onomástico, está la voz latina CARRUM, de origen galo, con muchas variantes en asturiano común: *carreña*, *carreñu*, *carrexa*, *carrieta*, *carrieto*..., siempre con el sentido de carreta más o menos pequeña, con *calzaúras* o con ruedas; y otros muchos derivados del mismo campo: *carril*, *carrila*, *carrilón*...; en el uso toponímico: *Carreña* (Cabrales), *Carrales* (Caravia), *Carrexa* (Quirós), *Carrea* (Teverga), *Carreño* (entre Avilés y Xixón)...

Pero, al margen de la duda antroponímica, veamos unas cuantas raíces más contrastadas por diversos etimologistas europeos, en funciones tan elementales para la supervivencia física y espiritual de los prerromanos a nuestros días: el agua, la vida en los altos, la protección de las rocas, las formas del suelo, el culto y las creencias, las plantas, los límites del territorio... En fin, la vida diaria que fue posible en esta compleja geografía entre astures y cántabros, como atestigua ese gran diccionario multidisciplinar del suelo.

(continúa en la parte 4, ver ÍNDICE GENERAL, letra D: Discurso...).

por Julio Concepción Suárez